

Susurros *de un* Hilo Invisible



SUSURROS DE UN HILO INVISIBLE

POR CAROLINA MOJICA PERZAVAL

CONTENIDO

CAPÍTULO 1. SOMBRAS VECINAS

CAPÍTULO 2. HILOS DEL SILENCIO

CAPÍTULO 3. DISTANCIAS INFINITAS: NACE UNA AMISTAD

CAPÍTULO 4. MANOS QUE HABLAN

CAPÍTULO 5. SUSURROS BAJO LAS ESTRELLAS

EPÍLOGO. NUEVAS SENDAS EN EL BOSQUE

CAPÍTULO 1. SOMBRAS VECINAS

¿Cómo es posible vivir a un suspiro de distancia y no conocerse?

Déjame contarte de Lina y Joshua, dos jóvenes que vivieron a ventana y puerta de distancia en Bahía Sierra, un puerto mecido por cerros bajos y besado por la brisa salina. Cada noche, Lina se acomodaba en una silla junto al ventanal de su habitación; el ventilador de pedestal mecía el calor y arrullaba sus pensamientos mientras ella garabateaba en un cuaderno líneas carmesíes. Cada trazo era un suspiro: *¿en este vasto mundo existiría alguien con quien compartiría su vida, sus sueños y sus aventuras?* Había visto ese vínculo en sus padres y lo anhelaba para sí misma.

Joshua, por su parte, forjaba su propio mapa de futuro. Maquinista de locomotora desde el alba, ajustaba palancas de vapor y surcaba rieles bañados por el perfume del mar. Cada viaje le hablaba de horizontes por conquistar, y su gorra manchada de carbón dibujaba en su frente la determinación de escribir su destino. Jamás reparó en la sombra que Lina recortaba en la penumbra, y ella ignoraba que tras el silbido del tren existía un joven con un plan para su vida.

Sin embargo, cada brisa nocturna, al colarse entre las cortinas, traía consigo un murmullo sutil: un presagio de un lazo invisible dispuesto a unir dos almas que aún no sabían de su mutua cercanía.

CAPÍTULO 2. HILOS DEL SILENCIO

¿qué fuerza emerge cuando dos vidas paralelas se rozan sin tocarse?

Cada mañana, Lina salía de su casa con la mochila rosa al hombro, bajaba las escaleras de piedra y se sumergía en la rutina de la preparatoria: clases de matemáticas, literatura y los pasillos repletos de risas juveniles. Al caer la tarde, regresaba a casa por estrechas callejuelas, con la cabeza llena de apuntes y sueños de futuro. En su cuaderno guardaba los trazos rojos que imaginaban un puente hacia lo desconocido, sin sospechar quién podría cruzarlo.

Joshua, en cambio, vivía al compás de los rieles. Como maquinista de ferrocarril, partía cada día temprano con su tren cargado de carbón, surcando vías bañadas por la brisa salina. Sus jornadas comenzaban antes del alba y terminaban al filo del crepúsculo, cuando la locomotora regresaba al depósito junto al muelle.

Y, a pesar de compartir la parada del autobús, jamás hubo un saludo ni un indicio de curiosidad. Si él llegaba primero, Lina cruzaba la calle hacia la esquina contigua; si ella era la primera, él cambiaba a la otra acera. Aquel ritual de evasión prolongaba el anonimato de dos vidas paralelas, y los hilos rojos que Lina dibujaba en su cuaderno permanecían sin destinatario, al compás del murmullo del viento que separaba sus caminos.

CAPÍTULO 3. DISTANCIAS INFINITAS: NACE UNA AMISTAD

¿Puede el destino convocar a quienes creyeron sus caminos sellados?

Tras diez años en Bahía Sierra, Lina se despidió de su vida compartida con la brisa salina y las colinas. Llevando con ella su cuaderno de inspiración y una concha rosa como recuerdo de ese tiempo. Partió hacia su tierra natal, un enclave de palmeras danzantes y amaneceres dorados a miles de kilómetros. Allí encontró un nuevo ritmo: de lunes a viernes abría la oficina donde trabajaba en contabilidad y, al caer la tarde, asistía a la escuela de formación comercial, absorbida por números y lecciones.

Pasó un año creyendo que su historia con Bahía Sierra había quedado sellada. Pero el destino tenía otros planes: en un sábado cualquiera, mientras revisaba su correspondencia en la sala, escuchó el timbre. Al abrir, encontró de pie en el umbral, con una maleta en mano y ropa de civil, acompañado de un grupo de jóvenes a Joshua, el muchacho que solía observar en la parada de autobús durante sus días en Bahía Sierra.

—¿Lo recuerdas? —preguntó el hermano de Lina—. Fue nuestro vecino en Bahía Sierra, su nombre es Joshua.

Lina, sorprendida, sintió el hilo invisible que creía dormido vibrar de nuevo. Mientras su hermano invitaba a pasar al resto del grupo que llegó de improviso, le contaba que los había invitado a hospedarse mientras aguardaban su ingreso a la escuela militar local.

Así nació una amistad inesperada. Cada domingo compartían caminatas al alba por el malecón y tardes de café en la terraza. Él escuchaba los planes de Lina para su futuro profesional; ella se fascinaba con las anécdotas de sus aventuras en el recinto militar. Con cada historia intercambiada, los hilos rojos que ella había imaginado cobraban forma en risas, gestos y la certeza de que, a pesar de la distancia y el silencio pasado, sus destinos se habían vuelto a cruzar para tejer una complicidad sólida.

CAPÍTULO 4. MANOS QUE HABLAN

¿Cómo aprendieron a decirlo todo sin palabras?

Durante los encuentros de fin de semana, Lina y Joshua descubrieron que sus manos hablaban un idioma propio. Al principio eran roces tímidos: ella le entregaba un vaso de agua fría, él le devolvía un libro. Cada roce era un puente silencioso, un gesto de ternura que cimentaba su complicidad.

Aunque ambos habían sostenido noviazgos paralelos, esas relaciones se desvanecieron frente a la fortaleza de su amistad. Lina comentaba sus inseguridades, y Joshua compartía sus objetivos personales y deseos de contribuir a su país. La prima de Lina solía bromear con que eran la pareja perfecta; ella lo negaba con recelo, temerosa de perder esa complicidad que tanto atesoraba.

Hasta que una tarde, después de observar que otras personas mostraban interés en Joshua, un pellizco de celos le reveló que no quería ser solo su amiga. Con la complicidad de esa querida prima a quien consideraba la hermana que nunca tuvo, durante un paseo crepuscular por el malecón: bajo un cielo estrellado y el sonido majestuoso del mar, Lina tomó la mano de Joshua. Sintió el calor vivo de su palma y, al fijar la mirada en sus ojos, comprendió que el hilo rojo había cobrado vida. Sin dudar, correspondió al suave beso que Joshua le dio, cargado de la ternura acumulada en cada gesto compartido.

CAPÍTULO 5. SUSURROS BAJO LAS ESTRELLAS

¿Cómo se cultiva un amor nacido de la amistad?

Ese primer beso selló el inicio de su noviazgo. Aquella noche, las olas aplaudían con su vaivén y las estrellas parecían parpadear en complicidad. Caminaban por la orilla, con los pies hundidos en la arena fresca, mientras el viento celebraba su momento.

Los días siguientes, su amor se fortaleció en la confianza y en la alegría de lo cotidiano: desayunos junto al malecón, mensajes tempraneros antes de las guardias y dibujos en rojo intercambiados en papel. Cada amanecer era un recordatorio de la promesa nacida bajo las estrellas, y cada tarde, el calor de unas manos que, primero amigas, ahora sostenían un proyecto de vida compartida.

Con el tiempo, Lina y Joshua encontraron formas de conjugar sus sueños. Hablaban de futuros posibles, de proyectos que los llevaran más allá de las palmeras y el malecón. Lina soñaba con tener su propio negocio donde pudiera aplicar todo lo aprendido en su formación comercial, mientras Joshua planeaba un viaje en tren que recorriera los paisajes más emblemáticos del país. Juntos, trazaron mapas de rutas que algún día recorrerían, prometiéndose siempre regresar al lugar donde sus caminos se cruzaron.

El amor que habían construido se convirtió en un refugio. Los días difíciles se aliviaban con paseos al atardecer y largas conversaciones bajo el cielo estrellado. Lina se sentía segura en la presencia de Joshua, quien, a su vez, encontraba en ella el apoyo que nunca supo necesitar. Así, cada día se transformaba en una oportunidad para fortalecer el lazo invisible que los unía, un hilo que no solo los acompañaba, sino que los guiaba hacia un futuro brillante.

EPÍLOGO. NUEVAS SENDAS EN EL BOSQUE

¿Qué sucede cuando el amor deja atrás los puertos para danzar entre árboles?

Más de dos décadas después, Lina y Joshua viven a miles de kilómetros de los puertos en que se conocieron y se reencontraron. Han cambiado el murmullo de las olas por el susurro antiguo de las copas de los árboles y las viejas casas junto al malecón por una cabaña de madera enclavada en el corazón de un bosque inmenso.

Cada mañana, los rayos de sol se filtran entre helechos y troncos centenarios, invitándolos a iniciar nuevas aventuras: recorren senderos cubiertos de musgo, descubren riachuelos escondidos y se detienen a escuchar el canto lejano de un ave. En su mesa junto a la ventana, aún reposan el cuaderno donde Lina garabateo aquellos trazos que emulaban hilos rojos y la concha rosa de sus días en Bahía Sierra, testigos silenciosos de un lazo que ninguna distancia ha podido romper.

Ahora, sus risas se mezclan con el viento que acaricia las hojas, y sus manos—las mismas que un día aprendieron a hablar sin palabras—sostienen una taza de café humeante mientras planean la próxima caminata. Han descubierto que el amor verdadero, como el bosque, se renueva constantemente: nace en la amistad, crece con la confianza y se expande con cada paso compartido.

Y así, bajo el dosel verde y en compañía de la inmensidad del bosque, Lina y Joshua continúan tejiendo su historia, conscientes de que el vínculo entre ellos persistirá sin importar las circunstancias o cuán lejos los lleve la vida.